

De la crítica literaria en México o cómo predicar en el desierto (Primera parte)

FRANCISCO A. AVILA

La crítica literaria en nuestro país es un ente inefable, una disciplina poco valorada y cultivada. Nuestro universo literario carece de una justa balanza cuando nuestra crítica la hace y la lee un puñado de gente. Sobre el tema poco o nada se ha escrito, Faros y Sirenas de Ignacio Trejo Fuentes, es una de esas pocas obras críticas y fundamentales; él, a diferencia de muchos otros, no ha abandonado la labor de valorar las obras y dedicarse a ello de forma profesional, de ahí su importancia en la Crítica Literaria.

Al hacer su tesis de licenciatura ¿sabía que quería dedicarse a la crítica y a la literatura o la crítica fue un pretexto para saltar a la literatura?

Fueron pegadas, yo estude Periodismo en la facultad de Ciencias Políticas y Sociales, ahí tenía muchas materias, unas, relacionadas con la literatura y eso hizo que me interesara en ambas. A mi examen profesional llegó el director de un suplemento cultural y al terminar me dijo “a ver si como roncas duermes, llévame algo”, inmediatamente le llevé una reseña y entré a trabajar ahí, desde entonces nunca he dejado de hacer crítica, por lo menos una vez a la semana escribo algo. Tengo muchos libros de ensayo, crónica, mucho de mi trabajo es periodístico y la gente me ubica más en ese ámbito a pesar de tener obra literaria.

¿Tiene ventajas para la escritura estudiar crítica?

Para aprender a escribir la mejor receta es leer.

Una de las premisas de su tesis, que después se converti-

ría en Faros y sirenas es que la crítica que se hacía en aquel momento era improvisada, sin profesionalización y hasta cierto punto insertada en el sistema de ‘mafias’, ¿cree que ha cambiado algo?

No, tal vez es peor.

La crítica es subjetiva per se, pero, ¿cree, que la hecha actualmente es más subjetiva de lo que debiese, es decir, más banal, menos profunda, poco ética?

Es muy complicado eso de la subjetividad, la literatura es subjetiva y si la crítica trabaja sobre la literatura, tiene que ser necesariamente subjetiva.

¿Qué es, para usted, la crítica literaria?

Escribí un libro tratando de responder eso y no creo haberlo conseguido. Es una materia muy esquiva, sin embargo, podría tratar de hacer un resumen diciendo que es el ejercicio que, a partir de una obra preexistente, que es la obra literaria, escudriña en ella, la interpreta como un primer ejercicio que después se convierte en compartir esa experiencia con el lector. Se trata de elucidar, de aclarar, de descubrir, y sobre todo, de juzgar (crítica implica etimológicamente juicio), hacer un juicio sobre la obra que se está revisando, digamos que ese es el mecanismo inicial de la crítica.

De ahí la crítica de ese juicio se convierte en una guía, a veces, la crítica actúa de manera autónoma a como pudo observar o calcular el escritor, el crítico es un lector especializado, a veces, o muchas veces, también un escritor, que descubre cosas, mecanismos, ideas, rasgos, sesgos, que ni siquiera el autor calculó, es decir, hay un descubrimiento, una reelaboración de alguna materia; eso ya no sirve al escritor, la obra es inamovible, ya no se puede afectar ni alterar, pero le sirve al lector del ejercicio crítico, como una guía.

Digamos que, en términos generales, la división de las facetas de la crítica es más específica, la crítica periodística, como su nombre lo indica, está destinada a aparecer en medios de publicación regular o en medios electrónicos y, necesariamente, debe trabajar con las herramientas del periodismo, es decir, con obras actuales, vivas, recién aparecidas y aquí la función principal del reseñista, del crítico periodístico, es sugerirle al lector, orientarlo sobre la pertinencia o impertinencia de acercarse a la obra novedosa. Después de leerla, interpretarla y juzgarla, emite una opinión, diría en este

rudimentario sentido “lee este libro o abstente de hacerlo, cómpralo o no gastes tu dinero”, se le está dando noticia, se supone que hay un juicio, que hay una elaboración de análisis, pero, por las características del propio periodismo, la crítica periodística es siempre escueta, informal, lo más parecido a lo subjetivo, no se puede explayar su análisis o sus argumentos: ser crítico, el que lo lee tiene que confiar en que está haciendo una síntesis de apreciación.

No pasa eso con las otras modalidades críticas, por ejemplo, en la crítica de investigación o académica, sí en la crítica periodística, el crítico tiene que actuar sobre obras nuevas, de reciente aparición, en la académica no. Tú puedes tomar a un autor, una obra o tendencia literaria, de cualquier época, de cualquier lugar sin fijarte en novedades ni nada de ese tipo y además, puedes dedicarle todo el tiempo del mundo, encerrarte en cubículos, en bibliotecas, en hemerotecas y hacer todo el acopio de análisis, todo el trabajo de campo, para llegar al mismo resultado: la exploración y análisis de la obra y la exposición de los juicios que te llevaron a tales consideraciones. Por supuesto, este tipo de trabajos no se piensan para publicar en periódicos porque no es noticia, un trabajo académico, como su nombre lo indica está destinado a aparecer en publicaciones especializadas para dar pauta a seminarios, encuentros, congresos literarios o para ser publicados en forma de libro o reunión de análisis, de este tipo del propio autor.

Entre la crítica periodística y académica se mueve la crítica creación, que es la hecha generalmente por otros escritores o por críticos, pero que no tienen compromiso ni con lo novedoso del periodismo ni con la minucia de la academia, es un trabajo riguroso que sigue en cierta forma los mecanismos de la academia, del análisis largo y prolongado, pero aquí no tiene que comprometerse ni con una institución ni con nada, es “lo digo porque me da la gana”, es una crítica creación, una recreación de cierta obra, autor, tendencia o conjunto de obras o tendencias, entonces, lo que permea aquí es la inteligencia del escritor, metido a crítico, para compartir con los lectores sus apreciaciones sobre lo que lo llevó a escribir, tratando de compartir su gozo, casi nunca se escribe para destruir o desbaratar obras en este tipo de crítica sino para compartir, es un ejercicio lúdico, gozoso, que se espera transmitir a los lectores. La crítica creación es muy libre, no tiene la rigidez de la academia,

tu puedes decir lo que se te de la gana sin tener que estar comprobando con citas, con referencias ajenas, sino que vale tu propia opinión, es lo único que cuenta, en ese sentido es una crítica muy libre.

Para resumir, la crítica es la exploración analítica de alguien que observa determinada obra, tendencia, corriente literaria o determinado autor para calcular sus méritos.

En su ejercicio crítico se basa o se identifica con alguna escuela o corriente crítica, como el formalismo ruso, la nueva crítica...

En mi libro Faros y sirenas, que fue mi tesis de literatura, digo que ningún método es suficiente, todos son parciales, son acercamientos tentativos, ni la crítica impresionista que se basa en el “me gusta o no me gusta”, ni la simbolista, ni mucho menos la marxista, ni la psicocrítica, ni la estructuralista, ni la formalista ni todas sus variantes, ni la sociológica ni la que me señales sirve para maldita la cosa. Si uno se encierra en un



Antonio Tadeo

método se vuelve ciego, parcial, totalitario e intransigente, es una cerrazón: como ponerse un antifaz.

Entonces, un crítico, que se precie de serlo, tiene que saber la existencia de todos estos métodos pero a sabiendas de que ninguno basta, la obra misma, el autor mismo, el conjunto de obra y autor que se va a analizar, te va a decir por dónde ir. Sería una necedad, por ejemplo, analizar las novelas policíacas de Paco Ignacio II, desde la perspectiva formalista ¿por qué?, porque la obra no me está pidiendo otra cosa más que el tratamiento como novela policíaca; la propia literatura policíaca tiene sus reglas, condicionantes, métodos, trucos, recursos, y el analista debe saberlos, debe conocerlos, saber las reglas de la literatura policíaca y, de ese modo, puede averiguar si el novelista en cuestión está cumpliendo con dichas reglas o nos está tomando el pelo, si escribe falsas novelas policíacas o si no sabe manejar las reglas, y entonces se puede llegar a juicios de valor, es decir, no sabe hacerlo, no sirve, o lo hace magníficamente. Pero ahí ya te das cuenta cómo la obra te dijo por dónde ir, no me voy a poner a hacer un análisis psicoanalítico del asesino, sí, puede ser muy interesante, pero deja de lado todas las circunstancias o características de la obra policíaca. No voy a juzgar Alicia en el País de las maravillas, por otro lado, con las herramientas del analista de la novela policíaca, sería una necedad hacerlo, no puedo juzgar un libro de poesía o un poema, como La muerte del Mayor Sabines, de Jaime Sabines –una obra a partir de la muerte del padre del poeta–, con las herramientas del estructuralismo, de qué me sirve saber la función del lenguaje, todas estas artimañas, subterfugios, si de lado lo sustancial de la obra, que es lo íntimo, lo humano, lo espiritual, lo personal, lo emotivo, el estructuralismo aquí no sirve para nada, como en general el estructuralismo no sirve para nada nunca.

Cada obra te va marcando sus direcciones. Por el contrario, si me encuentro con una novela como La celosía, de Alan, es evidente que no la puedo juzgar con la frialdad de la literatura marxista o la psicoanalítica, está escrita en base a signos del lenguaje y esa sí requiere una aventura con otro lenguaje que es la que proponen los estructuralistas, los formalistas, porque da esa necesidad, ese requerimiento que impone la propia obra; el crítico tiene que saber manejar eso porque se lo

indica el propio texto, no hay que inventar. Yo me opongo, tajantemente, al sectarismo, al yo soy psicocrítico y todo lo voy a ver con esos ojos, sin duda hay cosas muy interesantes y muchos lo hacen, pero se quedan en una tentativa: nada más, si soy marxista y quiero que todas las obras respondan a la lucha revolucionaria del pueblo: estoy jodido, y estoy engañando a mis lectores y me estoy engañando a mí mismo, hay obras que se escriben para eso pero hay otras que no; por ejemplo, Luckaks desestimaba la literatura de Thomas Mann, cosa absurda, porque no era una literatura revolucionaria, porque era burguesa y por lo tanto ajena al socialismo realista que imperaba en la ex-Unión Soviética, eso es de lo más absurdo y loco que puede existir, pero tampoco se puede prescindir de método, tu no puedes hacer como los primeros críticos, que eran impresionistas, y decir, este libro es bueno porque me gusta o al revés; los simbolistas decían que toda literatura debía encerrar símbolos, y hasta la más rudimentaria como la de Carlos Cuauhtémoc Sánchez tiene símbolos, pero eso no me dice nada, son aproximaciones, nada más.

Yo no me guió por un método caprichosamente sino que pongo el método y después digo, qué va a pasar, el método te lo debe dar la propia literatura. Yo escribí un libro sobre la obra de Sergio Galindo, que me parece un grandísimo escritor de quién muy pocos se ocupaban, toda su literatura está impregnada de temas principales, que se repiten, como el asunto de la vejez –que le preocupaba muchísimo–, la soledad, la locura y finalmente la muerte; todos sus personajes viven esas circunstancias, están atormentados por eso, y no hay uno que se salve de este cuadrángulo mortal, entonces, cómo diablos voy a aproximarme a la obra de Galindo para tratar de entenderla, estudiarla y compartirla con mis lectores si no sigo esas directrices, cómo voy a analizarla desde el punto de vista marxista por ejemplo, no me funciona nada. Hay críticos que son muy astutos y pueden llevar agua a su molino, pero dejan de fuera lo fundamental, lo sustancial.

Cuando me acerqué a la obra de Ibarguengoitia, del que también escribí un libro, partí de algunas premisas, como que en su literatura se dan la mano siempre la risa y la tragedia, que son tragicomedias, por eso se titula Lágrimas y risas, y en efecto, creo que toda su literatura es eso, pero hay muchas

más cosas, por ejemplo, la crítica a la misma literatura y a las instituciones sociales, políticas e históricas de México. Por ejemplo, le pone una revoltiza a la Revolución Mexicana, dice que los revolucionarios eran unos imbéciles, unos desorientados que no sabían nada, que andaban en la bola sin saber por qué, que no tenían ni ideología ni principios, ni nada; otros eran unos arribistas, gandayas, trapaceros que daban golpes bajos para estar en el poder y no les importaba a quién se llevaban entre las patas. Su novela sobre la revolución se llama *Los relámpagos de agosto*, título enigmático, pero en el bajío, de donde era originario Ibarguengoitia se usa mucho la expresión, pues en tiempos de lluvia se da un fenómeno meteorológico en el que los relámpagos se deben sentir por cierto punto cardinal, pero en esa región, suenan por otro lado, entonces, la gente lo sabe y lo aprovecha para adjudicarle ese mote a los despistados y dicen “éste anda con los relámpagos de agosto”: a lo pendejo; según Ibarguengoitia, los revolucionarios andaban a lo pendejo. En otra novela desacraliza la independencia, dice que los héroes eran hombres de carne y hueso; en otra desacraliza la literatura policiaca, o del dictador, se pitorrea de todo, él te está indicando la forma de cómo seguirlo, cómo abordarlo, no se trata de un libro de católicos, de nazis o judíos, él te dice por dónde.

Yo creo que los métodos ayudan, sí, siempre y cuando no pretendan ser los únicos, ¡cuánto daño le ha hecho el estructuralismo a la literatura mexicana!, te hablan de signos y de formas, pero no te dicen nada del alma que hay detrás o dentro de esas obras, lo dejan fuera y si dejas fuera eso ya dejaste fuera todo; hay ejercicios muy inteligentes, de hecho lo son, pero no te dicen nada, no tienen nada que ver con la literatura propiamente dicho, como si hubiese una literatura sin anécdota sin tema.

Me parece que en México, la crítica que se practica tiene más que ver con el impresionismo, decir me gusta o no me gusta y dejar de lado un análisis más profundo que permita, a la vez, hacer un juicio correcto, cuestión que considero, vicia la tarea de la crítica respecto a guiar al lector

No es exactamente que la reseña o crítica de la que estás hablando sea impresionista, puede ser que el crítico esté muy bien dotado, muy bien informado, que tenga conocimiento de causa, que sepa literatura, que sepa métodos analíticos, ése no

es el problema, el problema es que el espacio no le permite argumentar –que es un paso fundamental de la crítica– por el espacio que se le destina, o porque se trata del libro de un nuevo autor y el crítico tiene que arriesgar pues no tiene marco de comparación, entonces, el espacio lo constriñe a decir, “es un libro que vale mucho la pena”, pero no tiene el espacio ni el tiempo para justificar, el libro hay que leerlo ahora y presentar la reseña pasado mañana, es una noticia, una orientación de lo inmediato.

Se supone, que en el mejor de los casos, un reseñista, un crítico periodístico tiene esas herramientas, es un tipo informado, estudiado, que ha leído mucho, que sabe lo que está diciendo y damos por hecho su calidad analítica cuando nos dice que vale o no vale la pena sin mayores argumentos, como que confiamos o desconfiamos de él según nos haya ido con críticas previas: con su trabajo anterior. Lo que se espera es que el crítico, profesor o escritor que se encargue de la crítica sepa lo que está haciendo, el problema es dejarlo así, al “ya no se puede hacer otra cosa”, así surgen los improvisados, gente que te hace una reseña sin saber de literatura, que no sabe de técnicas, que no sabe de métodos, un advenedizo: ese es el gran riesgo, y de esos, estamos plagados porque mucha gente, –como traté de decir en *Faros y sirenas*–, sobre todo cuando somos jóvenes, nos mandan a comentar libros como si fuera la cosa más fácil del mundo y con la misma irresponsabilidad con que nos mandan a hacer eso actuamos también, somos irresponsables y nos atrevemos a decir fácilmente, a despotricar sin argumentos o conocimiento de causa, sin experiencia: eso es un lastre, es culpa del medio pero también pasa que, muchos llegamos a la crítica “mientras...”, como al ahí se va, hasta que nos convertimos en escritores o profesores o novelistas, lo que quieras, y olvidamos esa tarea en la que debería existir un verdadero profesionalismo: dedicación; de lo contrario, te lleva a decir tonterías, por ejemplo, yo que empecé hace treinta años, me especializo en literatura, en narrativa mexicana, ocasionalmente, muy de vez en cuando, porque quiero compartir con los lectores una obra de un autor que me interesa, opino. Acabo de escribir una reseña sobre el nuevo libro del brasileño Rubén Fonseca, porque me gusta mucho, me distraigo un poco de mi línea, pero lo hago en otros medios, no en los cotidianos; por supuesto y por exigencias perio-

dísticas tuve que escribir una nota sobre la flamante Premio Nóbel de Literatura y tengo mi opinión pero mi línea es sobre literatura mexicana, me he dedicado a eso y aún así la mitad de lo que puede hacerse, es demasiada la producción, es muy difícil de seguir, sobre todo al interior del país, pero se hace lo que se puede, imagínate si quisiera además de cubrir la narrativa mexicana encargarme del ensayo mexicano, del teatro mexicano y la poesía mexicana: sería absurdo, y si me salgo de esos linderos literarios y me voy al ensayo sociológico, político o antropológico es cosa de locos: no podría; el que mucho abarca poco aprieta, no se puede ser todólogo, y en nuestro medio, salta a la vista que todos, o la mayoría, quieren ser todólogos y hablan con la misma frialdad de la nueva novela de Elena Poniatowska que del nuevo poemario de un autor polaco y luego un italiano, con la mano en la cintura califican y descalifican, ¡cómo pueden estar al tanto de tantas cosas!, la crítica necesita especialización en alguna materia, en alguna forma literaria para tratar de abarcar lo más que sea posible.

Cuando se trata de hablar o de opinar sobre algún tema de literatura mexicana casi siempre me buscan, tengo muchos textos sobre literatura mexicana, en trabajos sobre mexicanos casi siempre vienen mis citas porque soy de los pocos, no porque sea yo una lumbrera; por ejemplo, se murió Rafael Ramírez Heredia, ¿quién conoce la obra de Rafael Ramírez Heredia?, escribieron, “si era un gran tipo, muy buena onda, sabía cantar y era amigo de políticos y todo”, pero, ¿de su literatura qué me dices?, “ah pues es que sólo leí tal”, no saben opinar, no tienen argumentos. O me preguntan por ejemplo, ¿quién es Elmer Mendoza?, a mira es tal... Yo sí tengo referencias, noticias de eso, no quiero erigirme como el único sino que debería haber un ejército que se dedique a esto y que te puedan dar esa misma información, que no sea uno solo; siguen considerando a Emmanuel Carballo el más enterado de la literatura mexicana cuando Emmanuel tiene veinte años que se retiró de eso, hurga en archivos, es un historiador pero ya no conoce a ningún escritor reciente, mexicano, y por reciente te estoy diciendo diez años para acá, pregúntale de Antonio Parra y no lo conoce, por Cristina Rivera Garza que son los más sonados, ya no te digo de otros.

El crítico necesita especialización. Otras circunstancias que impiden que esto sea así es que tu no te puedes dedicar a la crítica como un *modus vivendi*, los periódicos, las revistas no pagan lo suficiente para que te dediques de lleno como ocurre en otros lados civilizados, en otros países de primer mundo, ¡hasta en eso somos subdesarrollados!, si a mi me pagan quinientos pesos por mi nota semanal, yo no puedo vivir de eso y no le puedo poner atención, tengo que hacer muchísimas otras cosas, y eso me distrae de mi tarea principal que sería ser crítico, soy crítico en mis tardes libres y eso no está bien, debería ser completa la entrega. Un arquitecto no hace periodismo y cuando puede otra cosa: vive de la arquitectura, los únicos que no estamos de tiempo completo somos los escritores y en particular los críticos, salvo los críticos que trabajan en la academia que tienen un salario importante, respetable, digno y todo el tiempo para hacer su trabajo, pero ellos no van a los periódicos, eso se lo encargan a los jóvenes que no les importa que les paguen una miseria con tal de ver su nombre impreso en las páginas del periódico o la revista, de escucharse en la radio o verse en la tele o en Internet.

En la práctica la crítica periodística está muy viciada con la improvisación, con el ahí se va, la escasa remuneración, el poco respeto que se le tiene, nuestra crítica es inofensiva, ni desbarata ni ensalza una obra o un autor, te pongo un ejemplo, si el crítico del *New York Review Books* o del *Newsweek*, dice que la nueva novela de Norman Mailer –que acaba de morir– es una absoluta bazofia, que ni se le acerquen, a pesar de ser una figura de las letras estadounidenses, su novela no se va a vender como se esperaba porque los críticos dijeron “esto no sirve”, y les hacen caso, pero si tal reseñista en el mismo espacio dice que la nueva novela de John Smith II es una obra maestra, se va a vender, se va a volver una cosa comercial. Aquí no, allá son influyentes, aquí no, aquí quién lee los periódicos; si Joaquín López Dóriga dedicara un segmento de su programa a ponderar o eliminar libros: marcaría destinos literarios, pero como no se encargan de eso, nos lo dejan a nosotros que nadie pela, ni para bien, ni para mal, salvo los otros investigadores, los escritores mismos, pero es un círculo muy reducido. ■